En busca del Logos armenio. Parte 6. Sobre la fe, y sobre las personas grandes y las pequeñas

República Armenia · 19.11.2026



El capítulo 32 del Libro del Éxodo ilustra claramente de qué manera funciona la estructura de relaciones entre la aristocracia nacional y la mayoría. Tras declarar el concepto del “pueblo elegido por Dios”, Moisés asumió consciente y voluntariamente la responsabilidad por el destino de todos los israelitas. No buscaba gratitud, pues comprendía que cargar con la responsabilidad por la sobrevivencia de su etnia entera significa soportar la pesada carga y, a la vez, gozar del privilegio extraordinario. No todo fue un camino de rosas, porque los constantes desafíos que él afrontaba se vincularon intrínsecamente con la formación y cristalización de la fe, el sentido y los valores. En algún momento, Moisés dejó a su etnia para subir al monte Sinaí y recibir las Tablas de la Ley. Su duradera ausencia provocó tal ansiedad e irritación entre los israelitas, a quienes Moisés había salvado y a quienes había dejado atrás interinamente, que exigieron al sumo sacerdote Aarón que concibiera para ellos una nueva fe

y un nuevo ser supremo.

Así surgió el Becerro de Oro. Hoy en día, sirve como un ejemplo de codicia y de la adoración tanto individual como colectiva de un falso ídolo, o sea, el materialismo fugaz que pretende sustituir a los valores eternos. En parte, esto es cierto. Sin embargo, la realidad va mucho más allá, porque Moisés, siendo el aristócrata nacional, cometió una grave falta: no logró establecer un mecanismo para contener los temores de su etnia. Los israelitas se aterrorizaron, mientras que el miedo está acompañado por la duda, la cual, a su vez, conduce inevitablemente a tomar decisiones peligrosas e impulsivas. Aarón no estaba listo para sustituir a Moisés, incluso carecía de la capacidad para aquietar a la gente temporalmente. La tribu clamaba por un pastor, ya que solo conocía y comprendía la única forma de existencia, es decir, seguir y creer. El Becerro de Oro les devolvió a un estado conocido, disipando sus ansiedades básicas, es que, el miedo al abandono (a quedarse solos), la carga de tener que tomar decisiones por sí mismos y enfrentar las consecuencias.

Creer en algo y seguir una idea son pilares de cualquier comunidad que representa una entidad inicial, al impregnarse de conceptos llenos del sentido, se expande hacia entidades más amplias y desarrolladas: *formas en sentido estricto* (*el "pueblo"*) e incluso *formas supremas* (*la "Nación"*). La aristocracia nacional judía, representada por tales personas como Teodoro Herzl y Max Nordau, sentó las bases de la fe tradicionalista en el estatus de su etnia como "elegida por Dios" que dio forma al israelismo y la identidad israelí contemporánea. Ser elegido por Dios supuso para los aristócratas judíos el derecho natural e inherente de su etnia a regresar a la tierra ancestral y ejercer dominio allí. Este derecho se otorgó desde arriba, por eso no existe ni puede existir ninguna instancia terrenal que pudiera cuestionarlo. En lo que se refiere a este paradigma enraizado en la fe uno puede ser escéptico o incluso calificarlo como el chovinismo respecto al resto de la humanidad. Sin embargo, el hecho sigue siendo que esta creencia sirve como piedra angular para la creación y el funcionamiento de la Nación israelí, una de las naciones transnacionales globales más influyentes del planeta, la cual, a su vez, estableció el Estado de Israel, uno de los Estados más poderosos y dominantes de la historia. Lograron compeler a muchos a creer en este enfoque, apoyándose en quienes ya compartían tal opinión, forzando a otros a aceptarla y rendirse, y manteniendo la capacidad de hacer la vista gorda a quienes se niegan a reconocer dicha actitud. ¿Cómo? Es pan comido: la aristocracia nacional llegó a creer en esta idea por sí mismos, y constituyó el sistema estratégico de valores e ideología.

Precisamente de este modo la fe da la luz al sueño, y el sueño da forma a los valores que sirven como estrella guía. Siguiendo este sueño, la comunidad funciona, aunque la vida tiene sus altibajos. Se trata de triunfos y derrotas, orgullo y tragedia, honor y deshonra. Todo eso origina el patrimonio nacional, cuya protección, preservación y enriquecimiento se convierten en la meta suprema. La comunidad que mantiene la fe en sí misma y continúa, pase lo que pase, persiguiendo su estrella guía, se vuelve cada vez más resiliente y fuerte, evolucionando hacia una forma de existencia superior. Muchos recorren el camino de tribu a pueblo, pero solo unos pocos logran avanzar de pueblo a nación.

La doctrina del panceltismo configura la identidad irlandesa y la red transnacional irlandesa. Se refiere al convencimiento de que los irlandeses, los escoceses y los galeses son portadores de un código (patrimonio) civilizatorio único y, parcialmente, mágico (el Druidismo). Ese dogma es la base del mundo atlántico-occidental global. El mundo turco existe y va cambiando en tiempo real, impulsado por el panturquismo. Se trata del postulado de que las etnias túrquicas tienen un propósito mayor y se destinan a reunirse en el sistema unido (la nación transnacional) y establecer su estructura geográfica y metafísica, o sea, el Gran Turán. Los persas tienen el paniranismo, los chinos creen en la Gran China (*Zhōngguó,* el centro del universo), y así sucesivamente. Algunos de estos conceptos, que radican en la fe, se han realizado, al cobrar nuevas formas en las circunstancias cambiantes (la modernización), mientras que otros han caído en el olvido. Aquellos que fracasaron y desaparecieron fueron los que, en algún momento histórico, o bien se sobreestimaron, o bien, por el contrario, dejaron de creer en sí mismos absolutamente. Los detalles, los pretextos y las causas de tales derrotas que carecen de importancia, son, en última instancia, cuestiones secundarias.

¿En qué creen los armenios y qué es el “panarmenismo”? Por desgracia, hoy ni siquiera podemos plantearnos tal pregunta. El problema va más allá, pues rechazamos el concepto de la fe, e incluso se niega la necesidad de su existencia. En pocas palabras, ni siquiera estamos seguros de que uno deba creer en algo. Estamos listos para adoptar varias formas y costumbres, por instancia, el bautismo, pero nada más. Históricamente, aprendimos a proteger tales ritos y a transmitirlos de generación en generación. Sin embargo, lo hacemos formalmente, no más. No es sorprendente que no haya ningún modo de vivir sustancial que tenga sus raíces en valores y sentidos.

Analicemos este hecho mediante uno de los elementos que existen en nuestro patrimonio. Realmente Armenia fue el primer Estado en adoptar el cristianismo como religión oficial en el año 301, y el Monte Ararat llegó a ser la cuna donde toda la humanidad y el concepto de cómo solía crearse el sentido se reiniciaron. En términos políticos, esto significa que los armenios fueron la primera etnia en legitimar, de manera voluntaria y consciente, la palabra y la voluntad de Dios en la Tierra a nivel estatal. Esto es excepcional. Sin embargo, ¿por qué, dado que tuvimos una posición inicial más ventajosa que la de los judíos, los celtas, los persas o las etnias túrquicas (se trata del patrimonio que ha perdurado, o incluso de la misma existencia del patrimonio), ahora estamos a punto de desaparecer? ¿Por qué el mundo no reconoce ni tiene en cuenta este patrimonio? ¿Por qué la mayoría absoluta del género humano desconoce que los armenios constituyen una antigua nación, que nosotros somos una etnia, que formalizó el cristianismo, que no representamos otro grupo étnico túrquico o un Estado possoviético de poca monta?

La respuesta a estas preguntas es simple: en lo que atañe a todo lo mencionado nosotros mismos no creemos verdaderamente en nada y, por tanto, carecemos tanto de la motivación como de la meta para promulgar nuestro patrimonio en el mundo globalizado. En lo que se refiere a la bautización del cristianismo, nos basta la forma sin profundizar o transformar la esencia en herramientas de influencia eficaces. No queremos creer en Dios como el Creador que nos ha otorgado el derecho a decidir nuestro destino. En cambio, lo vemos como alguien sobre cuyos hombros podemos añadir nuestras cargas, como aquel que ya ha predeterminado nuestro futuro. Es una actitud débil. Sin embargo, el Evangelio de San Mateo dice: “*El reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo conquistan por la fuerza*”. Nos da miedo aplicar esfuerzos por aquello que no podemos comprender. En este contexto, cualquier cosa que no esté vinculada a ventajas momentáneas específicas está más allá de nuestra comprensión. Es precisamente por esta causa que tiramos por la borda nuestro patrimonio y estamos dispuestos a externalizar el destino de nuestra etnia. Sea lo que sea, pero al menos no tenemos que asumir la responsabilidad por nosotros mismos.

Si uno imagina el Mundo armenio como una institución pública, sin duda, se colgará un cartel “Prohibido el paso a los sentidos” con las palabras “Sólo pagos en efectivo” inscritas en letras doradas justo encima.

Merece la pena aclarar que se trata exclusivamente de las personas grandes, y no de las pequeñas. Los portadores de la fe, la aristocracia o los pastores que crean los sentidos son individuos que poseen la capacidad de liderar, inspirar y marcar un rumbo. Podría tratarse, por ejemplo, de un jefe del servicio médico, que tiene prestigio entre cientos de subordinados, de un profesor que imparte lecciones a sus alumnos, de un entrenador deportivo, de un empresario, de un magnate industrial, entre otros. Tal gente puede formular ideas, divulgarlas, persuadir a los demás. Esto supone su alta responsabilidad. Por el contrario, jamás se debería acusar de oportunismo a un obrero en una zona de construcción o a un taxista. Son personas que, al igual que la mayoría absoluta, intentan llegar a fin de mes día y noche.

Sin embargo, el Mundo armenio contemporáneo, o sea, la Tercera República, es un reino de espejos curvos. Allí, los así llamados oposicionistas Levon Ter-Petrosián, Robert Kocharián y Serzh Sargsián, las personas que lideraron el país desde que alcanzó la independencia, que carecen de sólida fe, de la cosmovisión coherente, de valores e ideología básicos, acusan a los ciudadanos, es que, agricultores, taxistas, barrenderos, todos aquellos que votaron por Nikol Pashinián del oportunismo y la falta de responsabilidad cívica. Es como si la gente de a pie fuera culpable de que, en mayo de 1994, se le concediera a Azerbaiyán la oportunidad de prepararse para una revancha, en lugar de obligarlo a rendirse. Al parecer, también la gente de a pie que sigue luchando por mantenerse a flote son culpables de que la así llamada gerencia de la Tercera República jamás reconoció formalmente la independencia de Artsaj, ni siquiera tras la ofensiva militar que tuvo lugar en abril de 2016. No obstante, en las situaciones más agudas y clave, fue precisamente esta gente de a pie la que, guiada por el sentido del deber y la memoria ancestral, acudió al frente, sacrificando sus vidas y las de sus hijos con la esperanza de que, algún día, sus “líderes” lograran encontrar la voluntad y la fe para tomar medidas indispensables.

Estas son las realidades en las que el “premier” farsante Pashinián, el sátrapa del régimen colonial, afirma que está más allá de los “-ismos” (conceptos, ideas y teorías). El Monte Ararat es simplemente un montón de piedras ubicado en territorio foráneo, mientras que la Declaración de Independencia armenia va en contra del Estado y plantea retos para la independencia. Estas son realidades en las que la inmensa alegría y el orgullo que despertó el hecho de que el mandatario estadounidense utilizara el término “genocidio”, así como la apertura de la Ruta Trump (TRIPP) entre dos centros del mundo turco, eclipsan por completo la entrega de Artsaj y el desplazamiento forzado de toda su población armenia.

En este reino, donde no hay lugar para la fe, los valores o el sentido, el “soberano” armenio (pues así es como todavía se percibe el sátrapa de la Tercera República a nivel mundial) humilla públicamente la Iglesia Apostólica armenia, la piedra angular de nuestra identidad. Esta institución crucial está liderada por una persona pusilánime que no tiene la audacia para reconocer su falta y dimitir de su cargo voluntariamente con el fin de proteger la Iglesia, el pilar sagrado y de alcance nacional. Eso es, precisamente, lo que debería haber hecho alguien que asumió la responsabilidad y tuvo el privilegio alto de garantizar la seguridad espiritual nacional. Sin embargo, al igual que otras personas “grandes” del Mundo armenio y de la Tercera República, se escuda tras una multitud de personas “pequeñas”, esperando sacar provecho de sus sentimientos y emociones circunstanciales.

A ninguno de estas personas “grandes” actores parece importarle cómo se percibe esto desde fuera, ni tienen en cuenta que todo ello ocurre contra el telón de fondo del fortalecimiento multifacético de Azerbaiyán, un Estado que sigue erradicando el patrimonio armenio deliberadamente. Se trata del país que logró resistir, ponerse en pie y, finalmente, triunfar. Los azeríes tuvieron la confianza en su poder, creyeron que reconquistarían Artsaj y, posteriormente, conseguirían derribar Armenia por completo, así como la idea de “lo armenio”. Tal confianza resultó ser mucho más fuerte que la mera esperanza de los armenios de preservar y consolidar los frutos de nuestra heroica victoria militar que tuvo lugar entre 1991 y 1994. Perdimos porque nos aferramos únicamente a la creencia estúpida de que lograríamos retener Artsaj por milagro o con el auxilio de Dios. Confíamos en Rusia, el hacedor de milagros. No tuvimos ninguna fe, sentido y valores, no obstante, contamos con la autocomplacencia y el diletantismo. Perdimos porque en el ámbito político a nivel alto no existen los milagros. Solo aquellos que creen en algo superior al mero “pago en efectivo” pueden aspirar al favor de los dioses.

El Logos genera el sentido ideológico y basado en valores a la existencia, así como da forma al mecanismo funcional capaz de garantizar la supervivencia, el fortalecimiento y la prosperidad en medio de la geopolitiquería.
